

Estudiar en Francia: ¿por qué sí y por qué no?

Por: Paula Carrillo
@polacarrillo

Francia: Liberté, égalité, fraternité... Sí, pero después de un largo proceso burocrático. El lema se hace posible después de haber hecho mil y una "vueltas" para tener todos los documentos al día, no solo en cuanto al estatus migratorio sino también al estudiantil. Para evitar el desespero desde la llegada, consejo: empezar desde la primera semana los trámites.

Vale la pena: estudiar en Francia es un sueño: los extranjeros pueden realmente disfrutar de la educación pública: el Master mío, por ejemplo, me costó 500 euros (!), algo inimaginable en países como Colombia, donde los estudios de este tipo pueden costar desde 10 mil euros hasta 40 mil. Además, superar el reto de estudiar en otro idioma es doble satisfacción: aprender teoría de relaciones internacionales y encima, en francés, es una razón para inflar el pecho de orgullo.

Las ventajas para los estudiantes en Francia son además incomparables: descuentos en los museos, en los cines, en todas partes. Acceso a residencias universitarias subsidiadas por el Estado, con un arriendo incluso más barato que pagar un cuarto en Bogotá (aunque eso no es tan difícil de encontrar). Gracias a los 130 euros que pagaba mensualmente en Toulouse, por ejemplo, pude mantenerme con los ahorros que hice en pesos mientras trabajaba en Colombia.

El precio de la comida en los restaurantes universitarios también es un sueño: 3 euros por un plato de comida, una entrada, postre y pan. El "corrientazo" estudiantil. No tan abundante como el "ejecutivo" colombiano pero sin duda, mejor que un sandwich en la calle, un kebab o una hamburguesa. Y más barato.

El broche de oro de tanta maravilla son las ayudas de la CAF (Caisse d'Allocations Familiales). El estado francés las otorga tanto a estudiantes nacionales como extranjeros y varían dependiendo del nivel de ingresos y del precio del alojamiento. Unos euros que no caen mal a nadie (de un arriendo de 330 euros, por ejemplo, la CAF puede cubrir cerca de 100 de ellos, dependiendo del caso, prácticamente un regalo).

La otra cara de la moneda

Todo tiene su precio: lidiar con el pesado Estado francés. Primera tarea: sacar la tarjeta de estudiante. Procedimiento fácil, si se paga la inscripción de la universidad en efectivo pero si se escoge un método diferente, como la inversión de las cesantías colombianas en educación en Francia (una institución es la que paga la inscripción directamente a la universidad), la cuestión se complica. Hasta un mes puede pasar esperando el documento. Días eternos pues sin esta tarjeta no se puede acceder a los tan anhelados beneficios. Ni siquiera es posible lavar ropa en la residencia porque las máquinas funcionan con el chip de la tarjeta. Así, permanecer sin el carnet, aunque todos los documentos estén en regla, es como vivir indocumentado.

Abrir una cuenta de banco también toma su tiempo. Hasta dos semanas para recibir la tarjeta. Y mientras tanto, hay que aguantar las ganas de comprar un buen celular porque piden el RIB – número de identificación bancaria-, que saldrá una vez llegue la tarjeta.

Para usar el internet en la residencia, hay que tener registro de estudiante y para tener internet en el celular, identificación bancaria. Conclusión: vivir aislado del mundo durante al menos un mes será la primera prueba. Difícil, claro, para los latinos que adoramos hablar de todo y de nada a la vez.

Los maestros: calidad (y ego) en exceso

Los profesores son eminencias. Todos han publicado libros, infinidad de artículos y en mi área, por ejemplo, han tenido cargos importantes en la ONU, en la OTAN o representando al Estado en Embajadas y otros puestos diplomáticos. Conocer cómo se aplican, en la práctica, las teorías o algunos aspectos de campo que nunca se sabrían de no tener este contacto de primera mano en el curso, no sería posible. Sin embargo, la metodología monótona y acartonada de las clases magistrales opaca la calidad de su CV: El profesor habla tres horas y luego se va.

Para quienes ven en los estudios de posgrado una oportunidad de hacer contactos, también pueden olvidarlo al venir a Francia. Hasta contactar a los



profesores para resolver dudas es, de por sí, una odisea.

Además, se minimiza el debate pues contestar a la "eminencia" es casi un sacrilegio – que se debe cometer, sobre todo, cuando hablan de Colombia como si hubiera quedado detenida en el tiempo de Pablo Escobar-. Y no falta quien hace una pregunta de cinco minutos enunciando mil teorías y citas, no para encontrar una respuesta sino para mostrar ante los demás quien es el más "intelo". Sobre todo en Ciencia Política, abundan los 'personajillos' de este tipo.

Adivinar los procedimientos de evaluación: otro reto

Cambio de chip. El profesor ya no va a explicar cómo pretende evaluar desde el principio del curso. Tampoco va a decir qué espera de usted en ensayos futuros. Todo hay que adivinarlo. Consejo: guiarse por los compañeros de curso o buscar personas de la promoción anterior. Pertener a un grupo del Facebook donde se traten temas del Master, una herramienta para no desperdiciar.

Y el choque más grande: la 'No'

retroalimentación después de una evaluación. El estudiante nunca sabe qué hizo bien y qué hizo mal ni puede aprender de los errores que cometió en el curso. Simplemente debe resignarse a esperar la nota sin esperanzas de recibir las correcciones del examen. Se pueden pedir, sí, pero el procedimiento

es engorroso y puede que la hoja no tenga ni una corrección. Es la filosofía de reguetero, aplicada a la educación: lo que pasó, pasó.

En conclusión, el lema "liberté, égalité, fraternité", es palpable, de eso no hay duda. Pero hay que armarse de paciencia...

